

## Falacia del *CONTINUUM* o argumento de continuidad, también llamada falacia del montón, de la barba o del calvo.

Consiste en asumir que pequeñas diferencias en una serie continua de sucesos son irrelevantes, o que posiciones extremas, conectadas por pequeñas diferencias intermedias, son la misma cosa porque no podemos establecer un límite objetivo para el cambio. Como esta definición parece un galimatías, veamos algún ejemplo.

—¿Dos granos de trigo son montón de trigo?—No. —¿Y añadiéndoles otro grano? —Tampoco.  
—¿Y añadiendo otro? —Tampoco. —Luego nunca habrá montón, mientras se añadan uno a uno.  
EUBULIDES DE MILETO.<sup>1</sup>

Lo dicho, las pequeñas diferencias en un cambio gradual son irrelevantes. Es lo mismo un grano que un montón. Del mismo modo se puede argüir en sentido contrario. Si a un montón le quitamos un grano, sigue siendo montón... y así, cuando solamente quede un grano, diremos que es un montón. Si las diferencias graduales son irrelevantes, da lo mismo uno que muchos.

*Si a quien no es calvo se le arranca un pelo, no queda calvo; si se le quita otro, tampoco; y así, pelo a pelo, nunca será calvo.* EUBULIDES DE MILETO.<sup>2</sup>

Estamos ante cambios graduales. Podemos diferenciar con claridad las posiciones extremas, el principio y el final, pero somos incapaces de señalar el límite donde se produce el cambio de la una a la otra: *¿dónde comienza el montón?* Sin duda existe un límite, un umbral más o menos amplio en que se produce el cambio. Aunque nos movamos a lo largo de un continuo en el que las variaciones de grado resultan inapreciables, ha de existir un punto en el cual una pequeña diferencia determine un cambio decisivo. Las medicinas son eficaces cuando alcanzan una concentración sanguínea suficiente. Un solo pasajero de más determina el hundimiento de una embarcación, y una ramita de sobra el desfallecimiento del asno que carga la leña. Nunca sabemos cuál es el último de los pocos o el primero de los muchos. El mismo problema surge siempre que empleamos cantidades imprecisas:

---

<sup>1</sup> Diógenes Laercio: *Euclides*, nota.

<sup>2</sup> Ídem.

Si alguien quisiera saber cuánto hay que añadir o quitar para que el rico sea pobre; el célebre, desconocido; lo mucho, poco; lo grande, pequeño; lo largo, corto; lo ancho, estrecho; y al contrario, no podríamos responder nada seguro y cierto. CICERÓN.<sup>3</sup>

La falacia suele afirmar:

- a. que no existen diferencias entre los extremos.
- b. que, si existen, cualquier límite que pretendamos establecer será arbitrario.

Así cabe sostener que no existe la pobreza o que, si existe, es imposible determinar el límite entre pobres y ricos. Con los mismos criterios se arguye que, siendo graduales los cambios del embrión humano y dado que al nacer es una persona, debemos considerarlo así desde el momento de la fecundación. Del mismo modo, al ser graduales los cambios entre la vida y la muerte, sería arbitrario establecer un límite preciso entre ambas. Todos estos razonamientos tienen su corolario: como no es posible conocer el umbral de la pobreza, no podemos subvencionarla; como el embrión es una persona, todo aborto constituye un homicidio; como no sabemos cuando se produce la muerte, toda extracción de órganos para un trasplante equivale a un asesinato.

*Todo recién nacido es una persona. Su desarrollo desde el embrión hasta el feto maduro es gradual, sin que exista un punto en que su naturaleza cambie abruptamente. No existe un punto en que podamos considerar que matarlo es lícito. En consecuencia, la interrupción del embarazo es tan ilícita como el asesinato de un niño.*

Que no conozcamos el momento en que se producen los cambios no significa que las cosas no cambien. Un embrión no es una persona, como una semilla no es un árbol. La diferencia entre el calor y el frío es una cuestión de grado, pero nos importa mucho. No decimos que, como son cambios graduales, no existe diferencia, ni pensamos que hace calor cuando el termómetro señala 2º C. Es cuestión de grado la distancia de lo creíble a lo increíble, de la sordera a la audición, de la juventud a la vejez, de la vida a la muerte. No siempre sabemos en qué punto se produce la diferencia, donde figura el umbral de la nueva cualidad, pero podemos apreciar que es nueva, que algo ha cambiado: ¿cuándo un niño se convierte en hombre? ¿qué copa produce la embriaguez?

Otra cosa es que para facilitar nuestra intervención en los acontecimientos, fijemos límites convencionales en el desarrollo de un cambio gradual. El portero de mi casa tiene señalada la temperatura matinal por debajo de la cual debe encender la calefacción. En los camiones y en los ascensores figura un rotulito que señala su carga máxima autorizada: en ningún caso se autoriza más, aunque el camión pudiera transportarla. Son umbrales prudenciales que permiten regular nuestras conductas. Así, los 18 años señalan el comienzo de la vida adulta y el ejercicio de nuevos derechos y obligaciones; determinado nivel de renta señala el límite oficial

---

<sup>3</sup> Cicerón: *Cuestiones Académicas*, II, XXVIII.

de la pobreza; llamamos muerte clínica a la que ha alcanzado un grado irreversible de lesión cerebral. Los umbrales que establecemos pueden señalar restricciones por encima o por debajo del límite: mayoría de edad desde los 18 años: nunca antes aunque se trate de un muchacho muy maduro; se autoriza el aborto antes de las doce semanas de gestación: en ningún caso (salvo situaciones excepcionales) después, aunque el feto no sea todavía una persona. Establecemos límites prudenciales amplios para evitar toda intervención en las situaciones poco claras. Un feto menor de doce semanas no cumple los requisitos para ser considerado persona, pero no estamos seguros por encima de dicho plazo.

Por supuesto, los límites convencionales no son inamovibles. Los cambios en nuestros conocimientos o nuestra sensibilidad, pueden modificarlos. Por ejemplo: ¿dónde está el límite de lo tolerable? Es evidente que nuestros criterios se han modificado en los últimos veinte años. Hoy consideramos que la *limpieza étnica* es una situación francamente intolerable que nos obliga a intervenir y justifica nuestra injerencia. Antaño no ocurría así. Un concepto difuso como *lo intolerable* admitía umbrales más elásticos.

A quien persevere en la falacia sin atender a razones, es preciso arrastrarlo al absurdo. Se le pregunta, por ejemplo, cuánto dinero necesita un hombre para que lo llamemos rico. ¿Y si le quitamos un millón? Seguiremos quitando millones hasta que nuestro contrincante perciba el límite de su propio ridículo y reconozca que está equivocado.

*Uso de la licencia, y como pelos de cola equina  
paulatinamente arranco uno y luego otro  
hasta que caiga en la confusión por el método del montón.<sup>4</sup>*

¿Cuántos años necesita una persona para ser vieja? ¿Dónde comienza el exceso en la comida? ¿En qué punto la sencillez se transforma en grosería y el humor en bufonada? ¿Cuánta agua necesita el trigo para resplandecer? ¿y cuánta más para arruinarse? ¿y dónde está el límite? ¿Diremos que es lo mismo regar y no regar?

Los antiguos la llamaban *falacia del montón* (por el de trigo), *de la barba* (¿cuántos pelos se precisan para considerar que un hombre tiene barba?) y *del calvo*.

*PERO GRULLO - Quien tiene poco, tiene; y si tiene dos pocos, tiene algo; y si tiene dos algos, más es; y si tiene dos mases, tiene mucho; y si tiene dos muchos, es rico.<sup>5</sup>*

Revisado: mayo de 2005

---

<sup>4</sup> Horacio. *Epístolas*, II, 45-47.

<sup>5</sup> Quevedo: *Los sueños*.